

Cañete, Carlos, *Cuando África comenzaba en los Pirineos. Una historia del paradigma africanista español (siglos XV-XX)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2021, 379 págs. ISBN: 9788417945305

¿Qué consigue la reivindicación de lo compartido por encima de las fronteras lingüísticas, religiosas, políticas y geográficas? Un sentido extendido de la hermandad transregional e intercultural, junto con una política local a favor de la igualdad y la integración, tienen el potencial de mejorar las condiciones materiales de las vidas de las personas. El reconocimiento y el cultivo de la afinidad pueden facilitar la comprensión mutua y así devenir un primer paso hacia la mitigación de la violencia y el desmantelamiento de las jerarquías políticas y económicas arraigadas, pero injustas. Por el contrario, a menudo han cumplido la ficción de la hermandad y la retórica de la unidad unos fines violentos y excluyentes. En boca del imperialista, la afirmación de los propósitos compartidos o la celebración de las historias en común son unas técnicas del poder. No son desinteresados los universalismos ni del evangelizador ni del capitalista. Como otras apologías en favor de la modernidad liberal, el lenguaje de los derechos universales y del progreso moral, científico y político frecuentemente sirve para justificar las ventajas de los más poderosos en vez de proteger el bienestar de los más vulnerables.

En *Cuando África comenzaba en los Pirineos. Una historia del paradigma africanista español (siglos XV-XX)*, un libro de amplio espectro que da muchísimo que pensar, Carlos Cañete estudia la historia de esta tensión entre los usos contradictorios de lo compartido en el contexto del debate sobre los orígenes míticos y la historia antigua de España. Como demuestra Cañete, desde los finales del siglo XV en adelante el desacuerdo entre los historiadores, filólogos y antropólogos españoles sobre el abolengo compartido entre los habitantes del norte de África y la península ibérica ha constituido una parte de un diálogo más general acerca del carácter nacional y de la ambición imperial de los españoles. Moviéndose tanto cronológica como geográficamente más allá de los “africanistas” españoles del principio del siglo XX, quienes enfatizaron la conexión étnica y geográfica entre los dos lados del Estrecho de Gibraltar para abogar por la colonización del Magreb y unas partes de la orilla oeste de África, Cañete mantiene que la noción de la “africanidad” de España impregnaba las deliberaciones acerca de una miríada de otros asuntos, tanto dentro como fuera de España.

Aunque ocasionalmente documenta los errores proclamados o presupuestos por las generaciones de africanistas que pueblan su libro, no es el propósito de Cañete medir la precisión ni de la antropología histórica ni de la geografía de los personajes y obras estudiados. El libro tampoco relata una mera historia de la recepción de la mitología africanista, desde la Atlántida, el lejano continente-isla mencionado por Platón, hasta, por ejemplo, la “Patrulla Atlántida,” una serie de vuelos con fines cartográficos y propagandísticos realizados por militares españoles en Guinea Ecu-

torial, el Sahara, las Canarias y otros sitios de interés político y académico en los años 1920. Más bien el proyecto de Cañete es el de presentar la historia intelectual de y sobre España como un caso prueba del desarrollo de la identidad nacional y también de la construcción de Europa como una entidad conceptual y política. El resultado de la investigación es el siguiente: no se mapean fácilmente las fronteras de la distintividad nacional y regional, por no decir también las fronteras políticas, en ninguna geografía estática. Por encima de su evocación de un abolengo compartido y sus explicaciones mitológicas de la topografía de la región, el relato de la desaparición casi total de la Atlántida debajo del mar Atlántico resultó importante también para la construcción de la “africanidad” de España. Asimismo, dicho relato resaltó una propiedad dinámica de los continentes. Es decir, el Estrecho de Gibraltar no representa sino una ficción de la permanencia geográfica y de la partición clara de África y Europa. Es por eso necesario que historiemos la tierra y el mar además de los idiomas, las religiones y las naciones. No obstante, dada la evidencia esparcida –caracolas en el Sahara o la posición de las islas que constituyen Macaronesia, por ejemplo– siempre ha resultado difícil verificar los mitos de los orígenes del terreno y de los habitantes de la Atlántida. Cañete demuestra que esta dificultad ha funcionado en manos de generaciones de historiadores y antropólogos como una oportunidad de definir el presente e imaginar el futuro por medio de la excavación (¿invención?) del pasado remoto. Subrayando este elemento vanguardista del paradigma africanista, Cañete demuestra cómo se produce la modernidad occidental a través de la lucha por articular y refinar el significado de España como puente, y también como frontera, entre África y Europa.

Explora el primer capítulo del libro la relación entre las teorías de la alta edad moderna acerca de los primeros moradores de la península ibérica y el imaginario apologético que apuntalaba las conquistas realizadas en el Atlántico y las Américas por España y Portugal. Los eclesiásticos como Joan Margarit i Paul y los historiadores como Guaberte Fabricio de Vagad, Florián de Ocampo, Esteban de Garibay y los numerosos escritores ibéricos que recurrieron a las fuentes (fabricadas) de Annio de Viterbo, todos experimentaron con varias teorías de la historia temprana ibérica. Si bien en maneras distintas, cada teoría intentó disminuir la importancia de la influencia romana en la península ibérica y el norte de África. Enfatizando en su lugar los orígenes bíblicos y orientales de los españoles, sustentaba una teoría de ese tipo que no fueron los cartaginenses y fenicios los primeros colonizadores de la península ibérica, sino la familia de Tubal, el supuesto nieto de Noah, el personaje bíblico. Otra teoría se centró en las peregrinaciones y labores de Hércules, quien prestó su nombre a las columnas que supuestamente una vez existieron en las dos orillas del Estrecho de Gibraltar. Se mezclaron estas dos narrativas con una tercera hipótesis, que se trataba del rey Atlas, quien gobernaba África y cuyos orígenes familiares se rastrean a la Atlántida. Los cronistas de Indias tanto apologéticos como críticos, como Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara y Bartolomé de las Casas, encontraron en este imaginario y geografía de la Atlántida un reflejo del imperio español contemporáneo. Desde esta perspectiva, la conquista de ultramar era de hecho una suerte de reconquista.

Mientras se extendía el imperio español, la misión evangélica cristiana de la corona contradecía la heterogeneidad religiosa y cultural de sus sujetos. Incluso dentro de la península fracasó la creación de una comunidad homogénea cristiana, a pesar de las oleadas de conversiones (en gran medida forzadas) del islam y del

judaísmo. Lo que sí emergió en su lugar fue una crisis de identidad y epistemología: devinieron ilegibles los indicios de los compromisos religiosos y civiles de la gente. Los capítulos dos y tres del libro de Cañete estudian las estrategias y los relatos elaborados para sustentar la cohesión social y el buen gobierno. Aunque no siempre estuvieron de acuerdo acerca de los detalles, Juan de Mariana, Benito Arias Montano, Pedro de Valencia, Bernardo de Aldrete, y otros historiadores y filólogos de la época se apoyaron en las mitologías antiguas antes mencionadas para imaginar la posibilidad de la asimilación. Según Cañete, un resultado dentro de España de la cualidad providencial de la expansión imperial y evangelizadora fue una nueva visión progresista de la historia. Al contrario, fuera de España, no siempre se recurrió a las mismas mitologías de Tubal, el rey Atlas, Hércules y la Atlántida. Tomasso Campanella, Baruch Spinoza y Isaac La Peyrère a menudo citaron otros modelos. Sin embargo, estos pensadores experimentaron con historias de orígenes formadas del mismo molde. Hasta los escritores que negaron o designaron como alegoría esta variedad de cuentos frecuentemente accedieron a sus particularidades narrativas. Así permaneció entretejida la mitología dentro de la cultura científica “moderna” del período.

El cuarto capítulo del libro estudia la durabilidad sorprendente del paradigma africanista entre los pensadores franceses ilustrados, sobre todo los que emprendieron una investigación en el campo de la historia natural. El impulso hacia lo comprensivo unía la clasificación de las gentes, los animales y las plantas con el universalismo elitista de Georges-Louis Leclerc y Voltaire, quienes siguieron el camino abierto por el Jesuita radicado en Roma, Athanasius Kircher. Éste último había investigado la historia natural del mar Atlántico y el desierto del Sahara. Mencionada en la *Encyclopédie*, entre otras fuentes contemporáneas, la Atlántida no fue para los ilustrados franceses simplemente un narrativo de origen. También fue una herramienta para articular un modelo revolucionario de la humanidad compartida. Mientras que se filtraban de la ilustración francesa otra vez en círculos ibéricos, el imaginario y el vocabulario de la Atlántida comenzaron a coexistir con unos estudios más bien anclados en la historia del Magreb, cuya relación con España exploraron escritores del siglo XVIII, como José Cadalso y Benito Jerónimo Feijoo.

Brinda el soldado-investigador Jean-Baptiste Bory de Saint Vincent el hilo conductor del quinto capítulo, que estudia el imaginario universalista que respaldaba las conquistas napoleónicas de Egipto, el norte de África, y la propia España. De manera simultánea una recuperación y una redefinición del modelo romano de la hegemonía, la retórica ilustrada francesa de los orígenes y la humanidad compartidos sustentó la misión civilizadora. En Egipto, Napoleón aseveró que su meta fuera la restauración del prestigio perdido de los egipcios antiguos; en el norte de África y en España, declaró que quería reunir los linajes y reinos dispersados del rey Atlas. Según Bory, antes de la formación del Estrecho de Gibraltar y la inundación de la Atlántida, la península ibérica era física y conceptualmente una parte de África. Antes y después del período del control francés de España en el siglo XIX, el espía y escritor barcelonés Domingo Badía y Leblich, entre otros interesados en la historia natural y política del Magreb, ayudó a adaptar las apologías de Bory por la conquista mediterránea a la agenda colonial española.

Los dos últimos capítulos del libro de Cañete se enfocan en un africanismo español más conocido, el que tiene una relación estrecha con la intervención colonial española en el norte y el oeste de África. La pérdida de 1898 de las colonias espa-

ñolas en los mares pacífico y caribeño inauguró una suerte de colonialismo compensatorio más cerca de la península. Los Protectorados españoles y la Guerra del Rif no fueron sino unos ejemplos nuevos de un deseo duradero expansionista dirigido al norte de África, como confirman la Guerra de África a mediados del siglo XIX y también las historias previas de las conquistas de Larache, Melilla, Orán y Túnez. Como demuestra el quinto capítulo, Antonio de Alarcón, Antonio Cánovas del Castillo y Francisco María Tubino se unieron a los apologistas de estos empeños anteriores. Enfatizaron la historia compartida y la conexión cultural y geográfica entre el norte de África y la península ibérica, lo que suponía una lógica de colonización-recuperación de largo recorrido en el tiempo. Es más, el político e historiador Joaquín Costa (introducido por Cañete ya al principio de su libro), participó junto con Tubino en el trabajo de establecer las asociaciones eruditas y revistas académicas que llegarían a demarcar las disciplinas de la geografía y la antropología en España. Estudiando a Bory y sus fuentes, Costa y sus contemporáneos prestaron atención a los lugares que tuvieron importancia estratégica además de intelectual.

No se conjugaban ordenadamente los argumentos de los siglos XIX y XX a favor y en contra de la intervención colonial española en África con las facciones políticas de la época. Por un lado, los africanistas conservadores se comprometieron con una visión triunfalista de la España cristiana y homogénea. Eran éstos relativamente indiferentes a las polémicas tanto extranjeras como domésticas de la leyenda negra, una narrativa que desde hace cuatro siglos había resaltado la historia de la intolerancia inquisitorial y la brutalidad imperial de España. Por otro lado, los africanistas liberales, influidos por el imaginario romántico de la España exótica, estudiaron el árabe y la arquitectura islámica. Incluso mientras que Miguel Asín Palacios, Emilio García Gómez, Pascual de Gayangos, Francisco Codera y otros arabistas cultivaron las amistades transnacionales, no negaron que su trabajo de investigación formó parte de un esfuerzo general de conferir la modernidad europea a los vecinos fuera de Europa, usando la fuerza si fuera necesario. Los integrantes de los grupos conservadores y liberales se beneficiaron de la empresa colonial y también ayudaron a llevarla a cabo.

Plantea Cañete la decisión de Francisco Franco de estafar económicamente a los mercenarios berberiscos que lucharon a su lado no solamente como el símbolo del abandono completo del paradigma africanista, sino también del vacío (pero no la inutilidad) del discurso de lo compartido. Después del fin de la Segunda Guerra Mundial y con la aparición de los movimientos de independencia en el norte de África y otras partes del mundo colonizado, se había desplazado el diálogo acerca de lo compartido. Termina *Cuando África comenzaba en los Pirineos* en el medio del siglo XX, poco antes de una serie de crisis agudas de refugiados en el Mediterráneo y el advenimiento de nuevas luchas de inmigrantes africanos –tanto los del norte como los de la región subsahariana– por la asimilación en España y en otras naciones de la Unión Europea. Creo que hay una tendencia a leer estas crisis todavía vivas a través de las lentes de la diferencia racial o religiosa, las cuales ahora parecen indispensables para comprender cómo y por qué se han demarcado y controlado las fronteras de Europa. Por encima de su análisis transhistórico sagaz, su estructura recursiva elegante y su vocabulario esmerado, el libro de Cañete hace hincapié en el poder perdurable de lo compartido. El autor así propone un correctivo crucial y tonificante a la lógica de la alteridad. Por supuesto, destacar lo que compartimos no resulta ser un contrapeso fácil ni utópico al rechazo y a la exclusión. Pero esta orientación sí es

un paradigma distinto dentro del que uno puede pensar. Establece esta orientación las condiciones de la posibilidad intelectual, el terreno del debate, si se quiere. Como un continente, lo compartido parece recio e inmóvil, pero a lo largo del tiempo van cambiando sus significados y sus palabras clave, antes de desaparecer debajo de las riadas crecientes de algún discurso futuro.

Seth Kimmel
Columbia University
srk29@columbia.edu